

# *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII, de Gonzalo Pontón\**

**José Luis Gasch Tomás**

*Colaborador en la Universidad Pablo de Olavide*

Cualquier persona aficionada a la lectura de la historia, tanto si se dedica a la investigación como si no se dedica a ella, sabe de la ingente cantidad de obras históricas que se publican cada año. También sabe que la gran mayoría de ellas no constituyen aportaciones relevantes al conocimiento histórico o aportaciones novedosas en lo que al enfoque o maneras de aproximarse a la historia se refiere. *La lucha por la desigualdad* de Gonzalo Pontón constituye una excepción, y no únicamente porque la desigualdad es un tema rabiosamente actual e histórico al mismo tiempo o porque se trate de una obra que realiza contribuciones muy notables a algunos de los más relevantes debates historiográficos actuales. *La lucha por la desigualdad* es una obra excepcional por lo anterior y porque desmonta los mitos contruidos en torno a la Ilustración.

En 2017, la Comisión Europea, a pesar de ser una institución que no ha destacado por la implementación de medidas políticas y económicas favorecedoras de la inclusión y la igualdad social, alertó a España por los altos índices de desigualdad y la exclusión social existentes en el país. Evidentemente, no es este solo un problema de España. De acuerdo con Oxfam, el 1,1% más rico de la población del planeta posee más riqueza

\* Gonzalo Pontón Gómez, *La lucha por la desigualdad. Una historia del mundo occidental en el siglo XVIII*, Barcelona: 2016, Cátedra. ISBN: 978-84-944950-4-55



que el resto de habitantes del mundo. Por otro lado, en el siglo XVIII la Ilustración, lejos de ser un movimiento intelectual liberador, fue un movimiento al servicio de grupos sociales enriquecidos que exigían cuotas de poder y, también, la exclusión política de la mayoría de la población, y ello a pesar de que todas las grandes ideologías de la mo-

derinidad, desde el liberalismo y el anarquismo pasando por el comunismo, son consideradas hijas de la Ilustración. ¿Por qué no vincular ambas realidades históricas (la existencia de una radical desigualdad en la actualidad con la formación del movimiento cultural que dio cobertura a la emergencia de la burguesía en el siglo XVIII) separados por más de doscientos años de historia? Dicha relación constituye el núcleo de la obra de Gonzalo Pontón.

*La lucha por la desigualdad* se organiza en torno a 9 capítulos y dos partes, la primera de las cuales (6 capítulos) se ocupa de las transformaciones socioeconómicas ocurridas en Europa en el siglo XVIII y la segunda parte (3 capítulos) de la cobertura política e ideológica que la Ilustración fue para la lucha por el poder de las clases sociales poderosas y emergentes de la Edad Moderna. El primer capítulo se ocupa de los cambios demográficos y económicos ocurridos durante el siglo XVIII, que tuvieron que ver con el crecimiento de la población y la caída del poder adquisitivo en casi todos los países europeos, todo ello a pesar de la expansión del mercado y del enriquecimiento de la burocracia emergente y de los grupos sociales dedicados al comercio. El segundo capítulo resume las principales transformaciones y continuidades ocurridas en la agricultura europea, refiriéndose especialmente a las nuevas técnicas de cultivo que mejoraron la productividad e incrementaron la producción agrícola, al conjunto de procesos de cercamiento (*enclosures*) de campos abiertos ocurridos en Inglaterra y al mantenimiento de la dependencia sobre las rentas de las tierras por parte de la vieja y de la nueva nobleza feudal, tanto la secular como la eclesiástica, todo lo cual contrastaba con las dificultades del campesinado, no ya para ahorrar, sino para, en coyunturas climáticas adversas, sobrevivir. El tercer capítulo estudia las nuevas fórmulas de pro-

ducción manufacturera, especialmente el *putting-out system*, y los diferentes modelos de producción manufacturera que imperaron en Europa: el inglés, basado en una intensificación de la inversión en mano de obra y en mejoras tecnológicas que acabó transformando los modelos manufactureros del Antiguo Régimen, el belga, que estaba más orientado a mercados restringidos que el inglés, y el modelo absolutista, más atrasado desde el punto de vista tecnológico y dirigido a mercados también muy restringidos. El cuarto capítulo del libro se ocupa del comercio y el mercado, particularmente de la formación de mercados nacionales, de la expansión del mercado internacional a través de rutas comerciales europeas, de la creación de compañías comerciales respaldadas y protegidas por los estados europeos y de la expansión del comercio transatlántico. El quinto capítulo se enfrenta a una serie de procesos de tipo político-fiscal que acabaron teniendo un impacto económico extraordinario, que son la expansión de las estructuras administrativas del Estado y de la guerra, con el consiguiente incremento de la fiscalidad (siempre regresiva, pues recaía sobre los hombros de las familias más pobres) y de la deuda pública, que enriqueció a poderosas familias prestamistas. El sexto capítulo expone de manera magistral la manera en que las contradicciones del sistema económico, social y político del Antiguo Régimen constituyeron el caldo de cultivo para motines, revueltas y disturbios en cuyo contexto sus protagonistas lucharon contra el incremento del precio de los productos básicos en el campo, a favor de mejoras salariales y laborales en las ciudades y contra los reclutamientos militares, que ocurrieron de forma constante a lo largo del siglo XVIII y que alcanzaron su máxima expresión en la Revolución Francesa.

La segunda parte del libro está configurado por solo tres capítulos que resultan clave,

pues son los capítulos que recogen el núcleo de la tesis del autor, que es la del cuestionamiento de la visión de la Ilustración como movimiento intelectual liberador. El séptimo capítulo se ocupa de la oposición que existió entre una inmensa mayoría de población europea analfabeta y la expansión de nuevas instituciones y posibilidades educativas de los grupos sociales pudientes emergentes, que se apoyaron en los intelectuales ilustrados y en su oposición a la instrucción de campesinos y trabajadores urbanos. El octavo capítulo estudia las principales características de la cultura burguesa del siglo XVIII, sus elementos plebeyos (de los que la burguesía acabó renegando), la construcción de espacios de sociabilidad entre los que destacaban las academias, los observatorios, las galerías de arte, los jardines botánicos y las sociedades culturales, así como del papel de los periódicos y de las imprentas, que se convirtieron en auténticos negocios, en la expansión de esa nueva cultura burguesa. El último capítulo de la obra recoge el grueso de la crítica a la Ilustración entendida por tantos historiadores como un movimiento que pivotaba sobre el esfuerzo de un grupo de intelectuales que fomentaron ideas basadas en la razón y la libertad y en el avance de la filosofía y la ciencia. El núcleo de la crítica contra dicha visión se apoya en evidencias tan claras como el hecho de que la mayor parte de los ilustrados estuvo lejos de plantear, ni siquiera sobre el papel, la necesidad de la igualdad entre todos los grupos sociales, y también en el hecho de que en el siglo XVIII no se produjeran avances significativos en los campos filosóficos y científicos, dado que los grandes avances ocurridos en los campos de la filosofía y la ciencia había ocurrido un siglo antes.

Se trata, en definitiva, de una obra que bascula entre el manual de historia, con profusa y rica información, y el ensayo interpretativo. A la síntesis de los principales cono-

cimientos publicados sobre la economía, la sociedad y la política del siglo XVIII europeo le acompaña una crítica aguda de algunas de las más recientes tesis sobre las transformaciones ocurridas en el siglo XVIII. Una de las más destacadas, aunque no la única, tiene que ver con las propuestas que plantean la existencia de una «revolución del consumo» en el siglo XVIII, basada en la expansión social del uso y consumo nuevos productos de importación americana y asiática en Europa, y la «revolución industriosa», propuesta hecha por Jan de Vries y de acuerdo con la cual en el siglo XVIII se produjo un incremento de la demanda que estimuló el trabajo de los europeos fuera del marco del hogar con el fin de incrementar recursos con los que invertir en el consumo de productos existentes en el propio mercado. Ambos elementos habrían favorecido transformaciones económicas de mayor profundidad, como la Revolución Industrial. Gonzalo Pontón discute estas propuestas, y para ello se apoya en las críticas que cuestionan que el consumo se expandiera más allá de grupos sociales pudientes, entre otras cosas porque disminuyó el poder adquisitivo de la mayoría de los europeos, y en el hecho de que la producción de las manufacturas se apoyara, antes y después de la Revolución Industrial, en el trabajo de niñas, niños y mujeres, realidad fundamental obviada por el grueso de la historiografía sobre el tema y que resulta imprescindible para comprender las transformaciones en el comportamiento de la producción y de la demanda en el siglo XVIII.

En todo caso, el extraordinario valor de esta obra radica en su crítica, tan mordaz como sugerente, de la Ilustración. No es que Pontón esté en contra de los ideales de libertad, razón y crítica que se le atribuyen al movimiento ilustrado del siglo XVIII, es que, tal y como demuestra, son estas atribuciones posteriores a la propia Ilustración que no resisten la crítica histórica.